

La paz en la administración Pastrana

PIEDAD CÓRDOBA, MARCO PALACIOS

El problema de la construcción de una paz viable en Colombia parece cada vez más complejo y necesario. Durante y después de la elección presidencial nos hemos topado con al menos dos tendencias contradictorias. Por una parte una degradación del conflicto armado cada vez más costoso en términos políticos, humanos y sociales, degradación que tiene en las casi cotidianas masacres de los paramilitares simultáneamente su principal síntoma y símbolo. Pero es obvio que de ella no escapan ni la guerrilla ni el Estado. Por otro lado, la elección de un nuevo presidente ha aclarado y ha renovado las esperanzas y expectativas que se tejen alrededor de la paz. Aún más, varios actores armados parecen haber pasado el mensaje de que con la administración entrante sí se puede hablar en serio.

Por eso el tema de la paz ha vuelto afortunadamente, a los primeros lugares de la agenda política. Hemos consultado a expertos que durante la campaña electoral adoptaron diversas posiciones sobre las perspectivas hacia la paz en el gobierno que comienza.

ANALISIS POLITICO: *¿En los últimos años, cada gobierno ha comenzado con una impetuosa (al menos verbalmente) política de paz, que después se ha venido desinflando. ¿Cuál cree usted que sea la evolución del gobierno de Andrés Pastrana?*

PIEDAD CÓRDOBA: Que cada gobierno arranque con una impetuosa política de paz demuestra genuino interés por poner fin a un conflicto que distrae una parte considerable de los escasos recursos con que cuenta el Estado para satisfacer las necesidades mínimas de sus asociados, pero algo ha faltado a la receta aplicada por cada gobierno para que ese ímpetu termine siempre por desinflarse.

Creo que ese algo puede ser el no haber involucrado en el proceso a todas las fuerzas sociales. Todas ellas son partes interesadas. Unas porque han dado lugar al conflicto, otras porque intervienen en él, porque soportan sus consecuencias, o porque están llamadas a asumir una parte de los costos del retorno a la normalidad. El Consejo Nacional de Paz tiene la virtud de haber puesto a conversar en un mismo escenario a todas esas fuerzas, hoy más que nunca conscientes de la urgencia de la reconciliación nacional.

En ese contexto, el primer paso dado por el presidente electo es positivo. Demuestra clara voluntad de liderar el proceso, sinceridad en su propuesta, y elimina de entrada muchas de las controversias que se suelen dar al interior de los gobiernos.

Por ahora toca confiar en que los alzados en armas tengan igual voluntad y sinceridad y que sus propuestas de cambio estén al alcance de los demás actores del conflicto, más inclinados hoy a una transacción que antes.

MARCO PALACIOS: Del ímpetu al desinflado, como dicen ustedes, describe adecuadamente el trayecto del "proceso de paz" de Belisario Betancur. No es el caso de los "procesos" bajo los gobiernos Barco-Gaviria. En estos hay una especie de continuidad y en la transición entre ellos se pactaron los más importantes acuerdos con las guerrillas en cuanto a número de desmovilizados y reinsertados. El desinflado vuelve a presentarse en 1992 con el lúgido final de Tlaxcala. Pero su significado quedó ahogado por la euforia que todavía producía la Constitución del 91. Los acuerdos finales de Gaviria con las milicias de Medellín y otros grupos menores fueron, francamente, pura cosmética.

Con Samper, la "paz" comenzó un tanto desinflada, pese a la retórica de rutina. Se enredó cuando el Presidente enfrentó el proceso 8.000, y se infló una vez que, salvado el pellejo político del Presidente, y despejada la candidatura de Serpa, éste se apoderó de la banderita blanca y los funcionarios de Palacio encargados de "la paz" tuvieron luz verde, pese a contratiempos como "Destructor II".

Súmeme a esto, de un lado, las victorias militares de las FARC, (Las Delicias, Patascoy y El Billar) y, del otro, el "mandato por la paz" en nombre de la "sociedad civil", y la manipulación electorera de "la paz" en las campañas de 1987-88. El montaje samperista terminó para los samperistas como un buñuelo, pero dejó una dinámica. De eso ha quedado la escenografía de hoy día. Los *elenos* montaron su *happening* con la llamada "sociedad civil" en la Puerta del Cielo, un convento Carmelita de Mainz. De ahí salieron unos compro-

misos que llevarán a una Convención Nacional de la "sociedad civil" y eventualmente a una Asamblea Constituyente. Tirofijo y Jojoy lograron, finalmente, presentarse en televisivo diferido con el presidente electo. Del encuentro salvático salieron dos compromisos gubernamentales: despeje de los cinco municipios que vienen pidiendo las FARC, y un plazo de 90 días para iniciar un diálogo.

Estos son los preliminares. Con sus fallas, son algo positivo. A diferencia de la euforia de 1982 hoy todos somos más cautelosos. Pese al apetito publicitario, FARC y ELN parecen menos irresponsables que el M-19 de los años de Belisario, y en los sectores de poder hay mucha menos prevención y más apertura.

Pero es temerario anticipar en qué pararán estas escenografías. Si a partir de ellas somos capaces los colombianos de inventarnos un argumento y unos libretos convincentes en los próximos años. Del lado de la guerrilla vemos que hoy se siente relegitimada. Pero hay que tener en cuenta la descoordinación, por decir lo menos, de ELN y FARC. De lado de la llamada sociedad civil vemos su fragmentación, pese al poder de convocatoria de la Iglesia, y en Mainz ha quedado reducida, en últimas, al Consejo Nacional de Paz que es mucho más Estado que sociedad.

Inevitablemente el próximo gobierno estará montado en el movimiento inercial de estos acontecimientos. Esperemos que nuestros gobernantes sean buenos en el *surfing* de estas olas, y que, una vez regresen las aguas a su nivel habitual, sea posible ir diseñando políticas de largo plazo, es decir la paz como un propósito nacional y un asunto de Estado antes que de gobierno.

ANALISIS POLITICO: ¿Cuáles son las condiciones necesarias y suficientes para construir una paz viable y sostenible en Colombia? ¿Cuánto tiempo se necesita para cumplir las condiciones?

PIEDAD CÓRDOBA: Pienso que sigue siendo válida la tesis de las causas objetivas del conflicto armado. Las profundas inequidades en la sociedad colombiana, la falta de oportunidades para muchos compatriotas, impulsan un proceso que se retroalimenta en forma cada vez más aguda. Las proporciones alarmantes del desplazamiento forzado, sin parangón en América Latina, provocado o aprovechado por muchos para obtener ventajas económicas, son un reflejo del desequilibrio económico y social que subyace a la lucha armada. Mientras no se ofrezca a la población la oportunidad de satisfacer sus necesidades mínimas y de llevar una vida digna no veo viable el aclimatamiento de la paz. Y para lograr este propósito es necesario realizar un gran esfuerzo de inversión social, bien planificado a lo largo de varios cuatrienios, para redimir las zonas más deprimidas del país. Lo importante ahora es que se den señales inequívocas de marchar en esa dirección.

MARCO PALACIOS: Hay dos planos: uno interno que es el más importante y otro internacional. En cuanto al primero, opino que sin una genuina expansión de la ciudadanía no habrá condiciones de una paz social y política duraderas. Obviamente no pienso que tengamos que realizar de una vez por todas los ideales y fundamentos de la democracia que han quedado consagrados en los textos constitucionales. Pero será esencial que los colombianos, como pueblo de ciudadanos, tengamos una visión de la posibilidad real de un movimiento en firme hacia la democracia, truncado en 1948. Ahora bien, esa visión realista y promisoria sólo podrá venir a la par con procesos efectivos y eficaces de reforma económica, social e institucional y con un poderoso discurso de paz.

En el plano interno debe haber una conjunción de "procesos". Por ejemplo, puede comenzar un ejercicio de nego-

ciación política en el Congreso que lleve a algo parecido al pacto de Ajuaria-Enea de 1988 en España. Esto es, a un amplio consenso de los actores políticos no-armados y que condenan la violencia como vía política. La diferencia es que un pacto colombiano debe reconocer el déficit de democracia y entrar a resolverlo mediante las reformas que sea necesario hacer. Un pacto de esta naturaleza será un paso previo para movilizar el respaldo y participación de las instituciones intermedias, algunas de las cuales hablan en nombre de la sociedad civil, pero debe descender a los ciudadanos, sobre todo en los niveles locales; debe ir a los barrios, a las fábricas, a las aulas universitarias, a los buses y busetas, a las calles y plazas, a los cafés. No debe descartarse que termine en otra asamblea constituyente o en un verdadero plebiscito, en cualquier caso después de mucha preparación y acuerdo.

En el plano internacional el factor más importante será la efectiva neutralidad del gobierno de los Estados Unidos en el conflicto armado colombiano. Es innegable el poder gravitatorio que ejercen los Estados Unidos en sectores de las clases dominantes, de las clases medias urbanas y del Ejército. Hasta ahora se ha proclamado en Washington esa neutralidad. Pero para que sea efectiva debe desligarse del universo del narcotráfico. En buena medida este asunto depende de la voluntad de la guerrilla, de un lado, y del Estado colombiano, del otro. Y aquí adquiere centralidad un tema agrario: el campesinado que ha sido orillado a vivir de los cultivos ilícitos.

¿Cuánto tiempo será necesario para lograr una paz duradera? Difícilmente se podrá realizar este "proceso" dentro de un cuatrienio, aunque es difícil vaticinar. A veces las negociaciones de paz ganan una velocidad extraordinaria. Pero no hay que hacerse ilusiones y repito, es afortunado que hoy en día todos seamos más cautelosos que en

1982. Estamos hablando, además, de la violencia política y no de la criminalidad generalizada. Y recordemos que en el conflicto armado propiamente dicho no se ocasionan más del 8% al 10% de los homicidios totales.

ANALISIS POLITICO: ¿Podría usted ofrecernos una perspectiva de la evolución de la relación civiles - militares en los últimos años? ¿Cree indispensable introducir cambios en esa relación para construir una paz sostenible y, en ese caso, cuáles serían?

PIEDAD CÓRDOBA: La complejidad del conflicto armado ha llevado al estamento militar a situaciones contradictorias o ambivalentes frente a la población civil. En algunos casos la asume como un elemento más de confrontación; como que se desdibuja un poco el objetivo de su función primordial de proteger la vida, honra y bienes de los asociados. Ahí empiezan a sufrir mengua los derechos humanos. En otras ocasiones la vinculación es tan estrecha que el trabajo cívico y comunitario adquiere tanta importancia como el de la seguridad.

En un país como el nuestro, con tantos actores simultáneos, lo deseable y exigible es que se mantenga y se respete al máximo la neutralidad de la población civil.

MARCO PALACIOS: La evolución más reciente de estas relaciones no tiene norte. Es lamentable que nadie con poder -económico, social, mediático, o político- se haya sentado a pensar en las implicaciones de la pos-Guerra Fría en el modelo de relaciones civil-militares. En mi libro *Entre la legitimidad y la violencia* sugerí cómo lo que llamamos la violencia clásica deslegitimó instituciones básicas de un orden democrático: el poder judicial y la policía. Además de la sujeción de ésta última al Ejército, éste también salió quemado de la experiencia. Es decir,

no ha habido armonía entre el modelo militar-policivo y la sociedad en su conjunto. En el nivel institucional y *elitario* sí ha existido cierta armonía con sus roces, "el ruido de sables". Pero ya vamos para diez años de pos-Guerra Fría, de poscomunismo, y seguimos como en el orden de la Guerra Fría: un anticomunismo de anticuario que no se lo creen ni los mismos burócratas militares permite que lo "civil" y lo "militar" obedezcan a una división del trabajo anacrónica y peligrosa. Los militares siguen manteniendo altos márgenes de autonomía ideológica, estratégica y operativa en la lucha contra la subversión comunista. Inclusive su desgano y apatía hace parte de tal autonomía. Desaparecida de la faz de la tierra la "amenaza comunista", entre los civiles colombianos no parece haber muchos con competencia para hablar profesionalmente de temas militares; los militares colombianos no reciben guías ni ideológicas, ni políticas del liderazgo civil. Tener un ministro civil resultó un mero maquillaje. Añada a esto la redefinición norteamericana del "enemigo", del comunista al narcotraficante y verá usted la desorientación militar.

La tarea aquí es enorme. Los militares deben entender cuál es su nuevo papel en una democracia, como defensores de la soberanía en un pueblo de ciudadanos iguales por ley y ante la ley. Esto requiere una pedagogía que no vemos por ninguna parte. Pero sin ella no podrá comenzar el proceso de reforma militar propiamente dicho que es urgente. Es decir, cuál debe ser la función específica y legitimada de cada uno de los institutos castrenses, de la inteligencia y de los servicios de seguridad nacional y estatal, diferentes de la seguridad ciudadana, cuál su localización en el mapa de Colombia, cuál su tamaño.

ANALISIS POLITICO: ¿Cómo caracteriza usted a los diversos actores armados de la guerra colombiana y

cómo evalúa las posibilidades de que se comprometan con la paz?

PIEDAD CÓRDOBA: Las señales que hoy envían los grupos guerrilleros alicantan la esperanza de una real voluntad de paz. Parece existir de su parte la percepción de que los costos económicos que asume la sociedad entera son demasiado altos para persistir en una lucha que no se definirá por vía militar. Las posiciones de fuerza que se adoptan a las puertas de unas eventuales negociaciones, ampliamente explicadas por los expertos en estos temas, no deben ser obstáculo para unas conversaciones sinceras y ojalá eficaces al propósito que todos queremos.

Como es obvio, el tratamiento para grupos armados sin carácter político, delincuencia organizada y delincuencia común no pueden ser el mismo. Una vez fortalecido el Estado después del proceso de paz, recuperada su plena legitimidad y en uso del monopolio de la fuerza coactiva, debe someterlos al orden jurídico.

MARCO PALACIOS: Pensando en esta revista especializada sintetizaré algunos planteamientos abstractos. Pese a los avances de investigación social y política, es poco lo que hemos aclarado conceptualmente sobre guerrillas. Para algunos son instituciones que articulan el orden/desorden sociales en ciertas regiones. Recientemente Malcolm Deas, empleando de modo muy idiosincrásico algunos conceptos centrales de David Apter, ofreció un "ensayo especulativo" refrescante. Pero no estoy tan seguro de algunas de sus implicaciones. Por ejemplo, creo que si uno prosigue apterianamente, las guerrillas sí serían unas comunidades o sectas organizadas alrededor de un "discurso" y, en términos posmodernistas a lo M-19, tal discurso sería una "acción interpretativa". Pero habrá que explorar empíricamente mejor esta idea

de las conexiones entre metáfora/sintagma en la elaboración de los mensajes políticos y la acción misma (por ejemplo el secuestro y asesinato de José Raquel Mercado) como mensaje.

Considero que el modelo de Franz Schurmann en su estudio de los comunistas chinos es más pertinente. En ese sentido, puede decirse que las guerrillas tienen una ideología pura (el marxismo-leninismo, el nacionalismo, o lo que tenga un "ismo" creíble) pero lo fundamental en este caso colombiano, lo que resalta, es la desconexión de la ideología pura con la ideología práctica u organizacional. Pero al aproximarse al estudio de la "guerrilla por dentro" con las claves leninistas del partido clandestino y sus requerimientos, sus códigos, en cierta forma parecida a las sectas medievales clandestinas organizadas fervorosamente alrededor de una interpretación teológica particular, bien fuera de la teología general o de la misión de la "orden" o congregación respectiva, no hay que olvidar dicha desconexión. Eso lo captaron muy bien los comunistas, que nosotros llamábamos despectivamente los mamertos. Pues bien, reconozco que nos faltó un poco de perspicacia mamerta.

En esta veta, no creo del todo en la versión de Malcolm Deas de los "canjes violentos". Me parece que la guerrilla sigue moviéndose en un continuo que va del ideal "cosmocrático" leninista a la realidad econocéntrica del secuestro y la extorsión.

Dicho esto, creo que es difícil elaborar y defender un discurso de paz en la guerrilla por dentro, al menos en las actuales circunstancias. El discurso y la gestualidad de paz de la guerrilla hacia fuera ya es una táctica bien redituable. Un elemento que podría superar esto es el avance de un poderoso discurso de paz desde el Estado y la sociedad, o sea un poderoso discurso democrático que dejaría a los guerrilleros como meros delincuentes comunes. Pero eso parece tan difícil como "reorientar" la

ideología pura de la guerrilla y engranar a ella su ideología organizacional.

ANALISIS PILITICO: Operativamente ¿cómo concebiría el desarrollo de las primeras conversaciones de paz: una o varias mesas, despeje o no despeje, asambleas de la sociedad civil o reuniones cerradas o confidenciales de negociaciones?

PIEDAD CÓRDOBA: Un proceso de paz debe comprender a todos los grupos alzados en armas con carácter político. Mientras alguno de ellos permanezca al margen, cualquier acuerdo será inestable y siempre existirá el riesgo de que quiera copar el espacio dejado por los grupos que se reintegren a la vida civil.

Lo que no parece viable es una sola mesa de negociaciones con todos los grupos, al menos en las primeras etapas, si se tiene en cuenta que cada uno tiene una visión diferente de la realidad nacional, enfoca el desarrollo del país desde diversos ángulos y, por tanto, propone salidas también distintas.

El despeje como condición de seguridad es viable. La confidencialidad es indispensable para el éxito de las negociaciones, lo que no se opone a que la sociedad civil tome parte en reuniones cerradas, como ya ha empezado a hacerlo. Las conversaciones de cara al público, en aras de un pretendido derecho de la sociedad a la información, generan muchos más obstáculos y tensiones que las ventajas que se pueden obtener. Conversar en reuniones cerradas no es hacerlo a espaldas de la sociedad si el mandato conferido a los negociadores es claro y legítimo.

MARCO PALACIOS: El requisito previo, y subrayo el término previo, de

cualquier proceso de paz debe ser dual. Del lado de los actores armados, incluidos los estatales, deberá privar su estricta adhesión a los Protocolos de Ginebra II. Aunque los paramilitares son actores armados del actual conflicto, no creo que deba dárseles ninguna legitimidad para negociar un *status* de actores públicos. Negociar sí su entrega incondicional. Este es un asunto fundamental en que entran en juego los límites éticos permisibles en un Estado de Derecho y hacen parte de lo que arriba llamé "un poderoso discurso de paz".

Por el contrario, la negociación con las guerrillas tiene la doble legitimidad de la tradición política colombiana y de las leyes. Pero creo que la negociación propiamente tal debe ser un derivado o producto del debate muy intenso en el seno de la sociedad colombiana sobre qué sociedad queremos. Ese es el debate sobre los valores de la democracia, los fines y los medios institucionales para realizarla. Como dije, deberá librarse en múltiples escenarios sociales y locales y evitar de entrada la confusión entre burocracias gremiales, sindicales, eclesiásticas, académicas, con "sociedad civil". Del debate nacional y público deben salir iniciativas que finalmente se traducirán en reformas legales por el Congreso o por una Constituyente o un plebiscito. El debate debe concluir, además, en instituciones como las "Comisiones de la verdad" sobre esta guerra colombiana.

La agenda de negociaciones Estado-insurgentes debe derivar de ahí, porque es subsidiaria de la voluntad popular. Es decir, la paz no llegará muy lejos si se queda en compromisos entre élites negociadoras de lado y lado, como hasta ahora.

debate

